

OCUMICHO, UNA COMUNIDAD EN FIESTA

Francisco Miranda
El Colegio de Michoacán

Uno de los elementos que marcan diferencia profunda de una cultura a otra es el de la fiesta. Las nuevas civilizaciones han sido bastante insensibles a la convivencia social que marca una de las facetas más importantes de la forma de vivir del hombre de otras épocas y otras culturas; el *homo faber* (hombre artesano) ha dado en sustituir al *homo ludicus* (hombre festivo), y no estoy tan seguro de que en el cambio haya habido ganancia.

Al presentar a ustedes la comunidad de Ocumicho, por fuerza tuve que afinar mis reflexiones y comparaciones, de por sí ya viejas para mi contexto cultural.

Hace algunos años un periodista de la ciudad de Los Angeles, California, me preguntaba cuál podría ser la diferencia entre mexicanos y norteamericanos, yo le indicaba que para mí, todo estaba en la distinta relación que unos y otros establecen entre la vida y el trabajo, pues mientras que en Norteamérica se vive para trabajar, en México se trabaja para vivir. Aun que, por desgracia, ya no estaría tan seguro de mi dicho cuando la fiebre economicista nos empieza a echar a perder el gusto por la fiesta ininterrumpida que es la vida. De la herencia mexicana es destacable su parte indígena.

Se ha formado un cliché deformante del indígena que nos lo representa triste, del que se nos dice que es indolente, borracho, desaseado, irresponsable, impenetrable, imprevisible, cerrado, terco, y lo que hacemos es apenas insinuar la enorme distancia que nos separa de su mundo, mundo bien distinto de nuestros patrones de cultura europea, que ahora ha unificado la invasora cultura industrial.

Me ha tocado vivir por varios años estrechamente ligado a la comunidad de Ocumicho y ello me ha hecho dudar de la verdad de esa imagen simplista que nos hacía ponerles membrete a las personas indígenas. Muy al principio de mi estancia allí me formulaba a mí mismo la pregunta de qué era lo indígena y cómo podría definirlo y tratando de encontrar respuesta,

toda la dificultad se centró en mi incapacidad de entender uno de los aspectos fundamentales de la vida indígena, quizá el más importante, que es el carácter festivo de su cultura y la fiesta como la mejor definición de ella.

Lo primero es situar a Ocumicho en el tiempo y en el espacio. Esta pequeña población se encuentra en el estado mexicano de Michoacán, y Michoacán en el centro de México ocupó, antes de la llegada de los españoles, un lugar muy importante del área geográfico-histórica que se ha denominado Mesoamérica o de las civilizaciones sedentarias en contraste con las nómadas de las fronteras desérticas hacia los actuales estados de Jalisco, Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí. El pueblo que encontraron los españoles denominado Michoacán, derivaba su nombre del oficio y riqueza del territorio, ya que en lengua náhuatl viene a significar *lugar de los que se mantienen del pescado*, por la abundancia de éste en las innumerables lagunas y ríos del territorio ocupado por tarascos o purépecha.

Nadie ha podido penetrar aún el misterio de su cultura arcaica, especialmente su lengua, que caracterizaba a los que dominaban la provincia; hay quien supone que vinieron de lejos, posiblemente del Perú, y a la larga se fueron apoderando del control político, económico y cultural de ese territorio que jugó papel importante en la historia del México anterior a la conquista. Hay quien, por el contrario, defiende que la cultura y la lengua son ancestrales en el mismo territorio michoacano y que fueron asimilando a distintos migrantes, y unos pudieron haber sido los sudamericanos; cultura arcaica suficientemente sabia para sobrevivir asimilando los nuevos valores de los que por turno tenían la hegemonía política, enriqueciéndose a su vez con los valores nuevos que éstos aportaban.

Este problema de difícil solución viene ocupando, desde hace generaciones, a los estudiosos de Michoacán, del enigmático Michoacán de la época prehispánica, del indescifrable Michoacán de la conquista y de la vida colonial. Lleno de belleza y de misterio en lo apacible de su paisaje; lleno de riqueza aunque inaccesible a la avidez del imperialismo mexicano de antes de la conquista. Y no es que no existan las fuentes para dilucidar el misterio, pues en los primeros años de la conquista a ningún otro pueblo se le planteó en forma explícita la interrogante de su origen como al michoacano, ya por parte de los misioneros como de los gobernantes y pobladores impresionados por la singularidad que los distinguía de los pueblos del contorno.

A responder, o tratar de responder esta pregunta con la ayuda de los viejos, se dedicó fray Jerónimo de Alcalá, uno de los primeros misioneros en Michoacán, a donde llegó en la década de los treinta del siglo de la conquista. Este gran investigador de la cultura michoacana, recurriendo a los ancianos de Tzintzuntzan, capital del principado indígena, y aprovechando los conocimientos lingüísticos que poseía, llegó a penetrar como nadie el mun-

do indígena tarasco; el esquema de su obra *La Relación de Michoacán*, es uno de los mejores sobre los asuntos que siguen interesando de la cultura michoacana: *De dónde vinieron, sus dioses más principales y las fiestas que les hacían* cubría la primera parte de su interrogatorio que desgraciadamente se ha casi perdido. En la segunda parte trataba de que le informaran *cómo poblaron y conquistaron esta Provincia los antepasados del Cazonci*, para en una tercera parte hacer las preguntas relacionadas con la estructura de esa sociedad tan original, al plantear la interrogación sobre *la gobernación que tenían entre sí hasta que vinieron los españoles a esta Provincia*, y rematar dándonos un relato de la conquista, del choque cultural y de la barbarie de la ejecución del Cazonci bajo Nuño Beltrán de Guzmán.

Quien esté medianamente informado de las fuentes prehispánicas de la historia michoacana, se percatará de la importancia que tiene la obra que hemos mencionado, *La Relación de Michoacán*, hermosísima recopilación de las tradiciones y costumbres del pueblo michoaque.

Desgraciadamente, como ya se señalaba, el texto original nos ha llegado trunco, faltándole casi toda la primera parte y que por tratar de las fiestas que se organizaban en honor de los dioses nos resultaría de gran inspiración para adentrarnos en la comprensión de nuestro tema, aunque de lo que ha sobrevivido se puede reconstruir gran parte de la teogonía fundamental de la cultura purépecha y de la parte festiva de esa cultura. Ocumicho pertenece a esa gran unidad cultural de Michoacán.

A su llegada los españoles se encontraron la rivalidad de dos reinos, principalmente, el de los mexicanos y el de los michoagues. El primero de ellos ocupaba Tenochtitlan como cabecera, en un lago, y bajo su control caían todos los cacicazgos que se abrían hacia el sur y el oriente, de Tabasco a Oaxaca, de Guerrero a Veracruz, Morelos, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, el Estado de México y parte de los actuales de Tamaulipas, Querétaro, San Luis Potosí. Frente a esta hegemonía indiscutible e indiscutida hacia esos rumbos se plantaba serena la barrera del imperio michoaque también de capital junto a un lago, el de Pátzcuaro, y así mismo la ciudad del colibrí o Tzintzuntzan, denominación del dios Huitzilopochtli. Los afanes expansionistas de los purépecha corrían hacia el occidente y norte, rumbos libres de principados organizados. Sabrosamente nos relata esta conciencia hegemónica que tenían los dos pueblos, aquel pasaje de la Relación. “Muchos tiempos ha que está fundada México y es reino y éste de Michoacán: Estos dos reinos eran nombrados y en estos dos reinos miraban los dioses desde el cielo y el sol”.¹

1 Alcalá, Fray Jerónimo. *La Relación de Michoacán*, versión paleográfica, separación de textos, ordenación coloquial, estudio preliminar y notas de Francisco Miranda del Colegio de Michoacán, Morelia. Fimax, 1980. III, XXII, I, p. 300.

La independencia política de los purépecha propició la preservación de valores culturales y otros que adquieren gran importancia para su conciencia del pueblo, como fue el haber sido el único grupo mesoamericano que logró superar la etapa neolítica utilizando el cobre endurecido con un procedimiento especial, para usos mecánicos además de metal decorativo; de él se fabricaban hachas, azadas, anzuelos, o se empleaba para puntas de flecha o para guarnición de mazos, lo que quizá en parte explica los mejores métodos bélicos que poseyeron, lo cual disuadió a los mexicas de seguir probando suerte con ellos después de sonadas derrotas.

Dejaremos a un lado la conquista de Michoacán por los españoles y la explicación coherente de su sumisión pacífica, caso raro de un pueblo tan belicoso e invencible que se entrega sin lucha a los recién llegados, logrando evitar el derramamiento de sangre que causó a otros pueblos la conquista. El carácter del indígena michoacano quizá ha sido menos marcado por recuerdos de la hecatombe de la conquista española, lo que quizá fue base para asentar el mestizaje con menos conflictos que en el resto de los pueblos indígenas, y dar esa sensación apacible que, al igual que su ciudad mestiza de Pátzcuaro, nos llena de una gran paz haciéndonos sentir la nostalgia de tiempos idos. Hay que recordar que esta característica pudo ser punto de partida que ayudó la labor pacificadora del genio organizativo del ilustre varón, don Vasco de Quiroga.

La historia colonial de Michoacán se hace, pues, sobre vivencias prehispánicas y de la irremediable introducción de la cultura europea, siendo primordial el carácter religioso; la organización económica y la idiosincrasia de esta región difícilmente se puede explicar sin recurrir al sincretismo. Asomándonos a Ocumicho hay necesidad de tener presentes elementos cristianos y paganos que quedan señalados, al igual que para *La Relación*, en aquella primera parte que trataba de “sus dioses más principales y las fiestas que les hacían” como sabiamente se planteó el gran etnólogo fray Jerónimo de Alcalá, para descubrir la antigüedad clásica de los indígenas michoacanos de las orillas del lago.

Dentro del Michoacán indígena, hay que distinguir dos áreas principales, con varias subáreas geográficas y culturales, la región del lago de Pátzcuaro y la zona de la Sierra. Pertenecen a cada una de ellas situaciones ambientales que explicarían muchas cosas de su modo de ser. Dos antropólogos norteamericanos son clásicos en su estudio, el Dr. George Foster que ha escrito sobre Tzintzuntzan, y el Dr. Ralph Beals que se ha ocupado de Cherán.

El Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán explica la diferencia y complementariedad de esas regiones:

“La gran masa de agua del lago de Pátzcuaro que deja abierta a la mi-

rada la perspectiva inconmensurable de sus playas fértiles y sus poblados ribereños, fue el factor de unión que propició la estructuración del grupo tribal y la creación de una cultura propia. La Sierra, con sus altas montañas, sus conos elevados y sus pequeños valles sofocados por una vegetación arbolada de proporciones sorprendentes, que limita la vista a lo cercano próximo y aísla y defiende, fue el factor de persistencia del grupo tribal y la causa y vivencia de su cultura. El lago es superficie llana que enlaza y a la vez dispersa; la Sierra es tierra agra que desune y a la vez retiene. Sin la Sierra la cultura tarasca del lago hubiera sucumbido... pero sin el lago la cultura tarasca de la Sierra no hubiera podido alcanzar su notable hegemonía, ni la extensión considerable de sus dominios” (2).

Ocumicho, una comunidad en fiesta.

Ocumicho es un pueblecito tarasco que se ha vuelto noticia con su magnífica artesanía de barro, con motivos no sólo demoniacos sino de interpretación de la vida.

Mis primeros contactos con esa comunidad se dieron hace quince años, cuando todavía no había carretera de acceso y la luz había llegado hacía poco y estaba tan sin agua como ahora, aunque el progreso no se había hecho necesidad y se veían esas tres carencias no como tales, sino como el clima en el que siempre se había vivido. Aunque pensándolo mejor, creo que por la luz ya se había empezado a introducir la radio y una o dos televisiones, y aún más: era signo de prestigio tener encendido un foco día y noche, sin mayor provecho.

La carretera sí estoy cierto que no existía porque me tocó asistir a los distintos intentos para comunicar Ocumicho, hasta concluirse la brecha actual, en tiempos del Presidente Luis Echeverría, quedando allí las cosas. Entre mi primera ida en 1968 y la carretera echeverraica en 1973, que se hizo por los propios habitantes en un proyecto que se llamó “camino de mano de obra”, hubo la contratación de los servicios de una máquina abandonada del INI (Instituto Nacional Indigenista) y era el caso que su director en la región la ofreció a la comunidad, en un intento de sonsacar fondos comunales con la justificación de un beneficio colectivo, aprovechándose de la complicidad del encargado del orden y del representante de bienes comunales.

El agua se traía y se sigue trayendo a lomo de burro y a nadie le parecía extraño, pues así se había hecho siempre y no se veía por qué cambiar el sistema secular. A Ocumicho se le fincó en la loma, cuando había la posibi-

2. Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Problemas de la población indígena de la cuenca del Tepalcatepec*, México - Memoria del Instituto Nacional Indigenista V, III-1952 pp. 49-50.

lidad de situarlo junto al manantial que dio origen a la población de San José; las relaciones entre estos dos pueblos han sido siempre cordiales, de matriz a filial; las relaciones de parentesco son estrechas, muy al contrario de las que existen entre esos dos pueblos indígenas y la ranchería mestiza de Ruiz Cortines, que invadió tierras comunales y ha sido constante fastidio para San José, que interpretando su presencia le llama “Capricho”, para indicar que por ese motivo se han fincado allí.

Ocumicho es comunidad indígena tarasca que se ubica en las cercanías de la ciudad de Zamora en el noroccidente michoacano. Perteneció políticamente a Tangancícuaro del que se separó como cabecera municipal para adherirse al municipio indígena de Charapan donde, si no lograron beneficio, no tienen los pleitos constantes como los que tenían con Tangancícuaro, hechos que han ensangrentado a las dos comunidades por la colindancia de tierras.

Se puede definir a Ocumicho como una comunidad cien por ciento indígena, si se tomara en cuenta la lengua, el traje tradicional de las mujeres, la comida y el disponer de la casa, sus costumbres y tradiciones, especialmente la fiesta y si se prescindiera del color de los ojos o del cabello, o de la constitución somática que en muchos casos no es indígena.

Ocumicho, si se le interroga, se siente indígena y defiende su pureza que manifiesta con orgullo, y esto lo ha hecho fácil presa de quienes se aprovechan de la comunidad y la enfrentan a los mestizos de los pueblos vecinos, sea Ruiz Cortines o Tangancícuaro.

Ocumicho ha tenido fama en la Sierra de ser un pueblo bien unido en torno a sus tradiciones y a la autoridad de los viejos. Ha corrido la fama de que ellos son audaces, y si se les acusa de abigeato o robo de ganado quizá no lo admitan, aunque por allí explican los vecinos la facilidad con que se celebran fiestas, teniendo asegurado el abastecimiento de carne. Las frecuentes fiestas de los “kumichos” los hacen célebres, las ofrecen a su santo patrono, el señor san Pedro, y a los demás santos del pueblo y les han dado fama de espléndidos con sus invitados.

Los límites de esta comunidad hacia la sierra se tienen con pueblos indígenas y semi-indígenas. De los mestizos y blancos colindantes hacia Tangancícuaro, ya hemos hecho referencia y su historia de relaciones violentas se inició hace más de doscientos años y llega a nuestros días con la invasión del llano de Pexo, tierra con enormes posibilidades de cultivo, la única de riego que podría poseer la comunidad indígena, que es enormemente codiciada por los agricultores ricos del valle de Tangancícuaro que cultivan productos de gran precio para la exportación internacional, como la fresa.

La ciudad más cercana es Zamora, el pueblo criollo más importante

desde el siglo XVI, que de villa pasó al rango de ciudad en 1810, con la estancia en ella del padre Miguel Hidalgo, el máximo héroe de la independencia mexicana. Ocumicho no ha cambiado la relación tradicional con Zamora a pesar de que su importancia se ha modificado por el crecimiento económico. La manera tradicional de aprovisionamiento para la fiesta, sin embargo, se sigue haciendo en los lugares de la Sierra, sea Paracho o Uruapan, Cherán, u otros pueblos que brindan los trajes, las frutas, la música, los invitados, para la celebración festiva donde la comunidad vibra al unísono y se identifica con ella misma. Las relaciones con Jacona, al contrario de las sostenidas con la “villa española” de Zamora, adquieren carácter de relación comunidad con comunidad, a pesar de que Jacona, que ellos consideran de origen indígena, hace buen rato que dejó de serlo. En el ritual del tiempo y del espacio que vive Ocumicho sigue siendo Jacona el viejo cacicazgo que tenía palabra en las más importantes asambleas de sus antiguos señores y cuidaba las fronteras.

Con Tarecuato y Patamban las relaciones han sido estrechas ya desde la colonia, cuando los franciscanos prestaban atención desde sus conventos a la comunidad de Ocumicho, y seguramente desde antes. De Jiquilpan, bajo cuya jurisdicción civil caían estas comunidades occidentales de la Sierra, se ha olvidado todo en las gentes de estos pueblos y sólo queda el recuerdo en los papeles de las comunidades, donde se registran las visitas del corregidor a ese pueblo, como un suave aroma de tiempos idos.

Ocumicho desarrolló tradicional dedicación a las artesanías festivas; allí se fabricaban los pocos y apreciados juguetes de barro de las ferias del rumbo antes de la demoledora invasión del plástico: caballitos, carros, tecolotes, puerquitos para alcancía, pitos y otros mil juguetes se producían en Ocumicho y se vendían o se trocaban en las fiestas de los santos patronos de los pueblos cercanos. Todavía recobra Ocumicho esa especialidad artesanal cuando, en ocasión de la fiesta de Todos Santos, se fabrican juguetes para surtir la feria de Huancito, encuentro con los indígenas de la Cañada. Allí todo mundo tiene que asistir para poder cambiar sus juguetes por guayabas, miel de penca, chayotes, pan y otras cosas que laboriosamente se fabrican en octubre; la visita a Huancito, como se hacía tradicionalmente, no es viaje de lucro sino de intercambio y devoción.

Al llegar a la comunidad, encaramada en una loma, dos edificios se advierten, ambos de tipo religioso, en torno a los cuales se organiza el pueblo: La Iglesia de San Pedro y el hospital de Nuestra Señora. Son edificaciones del siglo XVI, cuya construcción nos relatan documentos de la comunidad; los dos conservan el aire de aquella época y, aunque se han ido renovando con el pasar del tiempo, no se han modificado sustancialmente. Las actividades del pueblo convergen a estos dos puntos tomando principio

la vida ceremonial de Ocumicho, que es de la que vive toda la comunidad. Ocupan ambos la explanada de una loma con increíble visibilidad sobre los caminos que dan a Tangancícuaro; hacia atrás se repecha en la Sierra.

La Iglesia tiene como patrono a San Pedro y allí se venera desde hace poco tiempo un Santo Cristo que ha venido a aumentar con su fiesta el calendario lleno de una comunidad que vive para sus celebraciones. Como otras imágenes, ésta tiene el embrujo de lo aparecido y ha venido reuniendo peregrinos en la fiesta del día 14 de septiembre, en el fondo una alternativa regional al monopolio del Santo Cristo que se venera en San Juan Parangaricutiro. Imagen burdamente tallada y pintada, quizá sea ésta la mejor figura de la espontaneidad de Ocumicho y sus santos, lo que la vuelve de enorme atractivo y encanto.

Al recorrer el calendario de fiestas de la comunidad de Ocumicho uno se pregunta si no será ese el motivo para vivir y la más profunda razón de esa comunidad. El tema de la fiesta está presente en cualesquiera de las comunidades indígenas de Michoacán, llámese ésta Ocumicho, como es el caso, o bien Ichupio, Parangaricutiro, Huecorio, Tocuero o Tanaco. Es a tal punto significativa que desde mi primer contacto con la cultura indígena me impresionó a tal grado su carácter festivo, que me pareció debía suspender cualquier juicio valorativo si antes no entendía qué era la fiesta para el indígena.

Pero ¿qué es una fiesta? Si quisiéramos responder en términos de Ocumicho, se puede responder sólo analizando aquella de la que se trate, pues no es lo mismo celebrar a San Pedro, el patrón del pueblo, que hablar de la fiesta de San Sebastián, cuya biografía cristiana nadie conoce en la comunidad pero que tiene una importancia bien definida en el panteón ocumichense, o la recién creada, de apenas setenta años, del Santo Cristo.

Ocumicho ha logrado tener en sí mismo los elementos suficientes para que nadie le impida celebrar sus fiestas, sea autoridad civil o religiosa. Así, ha creado dos bandas de música que, en el peor de los casos, competirán para crear el clima adecuado, de celebración festiva. En tratándose de lucirse comunitariamente no vale la modestia y cualquiera de sus músicos presumirá que es el mejor.

Uno se pregunta desde cuándo ha sido Ocumicho así y tiene que responder que desde siempre, o por lo menos desde que hubo la organización que mantiene en pie a la comunidad. *¡Jya je Kuinyeni!* ¡Vamos a la fiesta! es el grito que levanta el ánimo y alienta a todos a los mayores sacrificios, desde los años más tiernos de la infancia hasta que se agotan las fuerzas. La fiesta vuelve fácil y soportable cualquier esfuerzo por más grande que parezca, así aceptan vivir todo el año en los trabajos más pesados o inclusive salir del pueblo con tal de dar cumplimiento a la invitación que, en sueños, hizo el santo pidiendo el compromiso de llevar el cargo de la fiesta.

La economía de la comunidad está muy ligada a ese aspecto festivo; el tiempo duro para la comunidad es sin duda el del verano, la época de aguas, en la que si bien se recolecta el agua de lluvias y se evita el viaje a San José para transportarla, casi no hay ingresos económicos. La especulación de los granos dentro de la comunidad alcanza su tope en el mes de agosto; las reservas se han agotado y empieza a sufrir hambre. Entrando septiembre los primeros elotes de los ecuaros alivianan la situación y cada una de las familias disfrutará el gozo de un año más con la satisfacción del maíz tierno.

A la fiesta hay que ponerle varios elementos indispensables para que sea tal, cada uno de ellos es parte importante del conjunto: el vestido, los alimentos, la música, la danza y el clima que se apodera de la comunidad, el culto y los rituales paralelos. Cada uno de ellos parecería que absorbe la atención, pero todos se complementan y es difícil decidir cuál de todos es el más importante, lo cierto es que no se puede decidir sin estar metidos en el complicado engranaje de la organización de una fiesta que implica a toda la comunidad, de uno u otro modo. Una especie de cuenta regresiva va preparando y poniendo esa tensión característica a quienes tienen el compromiso de la fiesta. Lo primero que se aprende es que una fiesta no se improvisa y hay que estar preparándola, desde semanas, meses y años, desde el mismo momento en que la familia decide hacerse cargo, solicita al cabildo esa responsabilidad y lo hace público. El que se ha empeñado está convencido, porque lo ha soñado, que el santo le pide ese sacrificio, sus parientes lo apoyan y es mandato divino que no puede frustrarse.

El punto de partida y de llegada de las fiestas de la comunidad de Ocumicho es el 8 de diciembre, la fiesta de la Inmaculada, quizá el rito de celebración por las cosechas de maíz. Es el cargo mayor de la comunidad que obliga al que lo toma no sólo a ser el centro de la vida festiva, sino a abandonar su casa y pertenencias para trasladarse a atender el hospital; durante un año entero cuidará de sus edificios, ofrecerá el incienso al amanecer, al mediodía y al atardecer en representación de su comunidad. Nadie es más envidiado que el mayordomo o carguero del hospital durante su corto año de reinado que no se puede prolongar un instante más del señalado; por los ojos del mayordomo disfrutará el pueblo de ese despliegue de color, de brío, de organización, de música que es la celebración comunitaria.

Al mayordomo se le elige, o porque él lo solicita o porque cede a las presiones de los miembros del cabildo. El que lo escojan ya de por sí es compromiso, pues han sido previamente estudiadas sus posibilidades económicas y se le cree capaz de salir adelante con los crecidos gastos de su alta investidura. Antes de que alguien acepte corre por toda la comunidad el nerviosismo por el temor de que quede vacante ese cargo, que es la espina dorsal

del pueblo; se percibe la angustia de que el ciclo festivo se pueda detener, pues sin el mayordomo de la Virgen dejan de tener sentido todas las demás fiestas. Visitas van y respuestas vienen hasta que el cerco se aprieta y cede el que lo ha venido pensando más de una vez antes de ser ligero en aceptar la carga. Los compromisos que se ha echado al aceptar el cargo del hospital lo obligarán a reconciliarse con su familia, entendida ésta desde sus abuelos si los tiene, sus padres, hermanos, tíos, ahijados, compadres y vecinos.

Mensajeros van y mensajeros vienen, tendiendo la sutil trama. Quien es de los candidatos y quiere aceptar debe esperar un día de especial euforia y hacer el desplante ante sus amigos de que es capaz de salir adelante con la responsabilidad de la fiesta porque ya se ha probado en otras menores y merece que se le tome en cuenta por responsable y generoso con su comunidad, admitiendo que sería injurioso que se dudara de su capacidad. Y empieza la batalla entre quienes lo apoyan y quienes lo hostilizan, las tensiones crecen hasta llevarse al seno del consejo donde se decidirá uno de los candidatos y la comunidad se relajará en la maravillosa fiesta del agradecimiento y la reconciliación que es la “Tsitsiki warakua”.

Hay una vieja historia que se cuenta en Ocumicho para explicar ese carácter festivo de sus gentes; la recogí de uno de los viejos del pueblo que la oyó de sus mayores. “Cuando el señor Dios repartió las cosas a todos los reyes de la tierra, yo oía contar a los viejos que nuestro rey tarasco no se animaba a presentarse por lo encogido que somos los purépecha. A todos dio Dios casas que llamaban la atención, el oro y lo que brillaba, pero a nuestro rey le tocó recibir lo que había quedado: una flor y una escoba.

“Esto quiere decir que nosotros los tarascos tenemos que alegrarnos con las fiestas porque es la alegría de la flor, pero también sufrir y trabajar, hacer penitencia, que es lo que significa la escoba. Por eso juntamos el carnaval y el miércoles de ceniza, la flor de la alegría con la penitencia del trabajo, que eso es la flor y la escoba que se nos entregó cuando repartieron los dones a todos los pueblos de la tierra”.

Si arrancara el año festivo en la fiesta de la Inmaculada, ya para empezar deberíamos cubrir la víspera, el día de la fiesta y el siguiente. Vendrá luego la ceremonia de cada ocho días con el enrosamiento de los viernes y el rosario del alba de los sábados. La navidad será ciclo importante y en él quedarán incluidas las fiestas de San Esteban y San Juan Evangelista. A San Sebastián se le hará fiesta en enero; el 2 de febrero se celebrará la Candelaria y con el carnaval la llegada del miércoles de ceniza; los viernes de cuaresma se tendrá procesión y los domingos la mayapiqua o intercambio de dones. La Semana Mayor constituye de por sí tiempo importante, el jueves, el viernes y la resurrección. Volverá a ponerse en tensión con la fiesta del Corpus Christi, para luego dar sitio a las muy importantes de San Pedro y San

Pablo, y en el período difícil de la temporada de lluvias se tendrá la fiesta del Santo Cristo, el 14 de septiembre. Octubre la ocupará la *Tsitsiki warakua*; noviembre será casi totalmente dedicado a la conmemoración de los difuntos, niños y adultos, y la relación regional con la fiesta de Huancito además de que en el mes anterior y en éste, Ocumicho se volcará a los lugares vecinos donde se celebran fiestas: Ahuiran, Zacán, Patamban con su fiesta de San Francisco y la muy solemne de Cristo Rey.

El carácter a la fiesta se lo dará la vivencia comunal, pues la comunidad todavía encuentra en ella expresión exacta a su propia vida; toma parte la mayoría de los integrantes del pueblo y ven en ella el ascenso social aceptado y la distribución de los roles que los componentes de la comunidad deben juzgar en ese sistema de prestigio. Naturalmente hay dentro de la comunidad quien se resiste a hacer gastos por las fiestas, pero la presión social lo obligará tarde o temprano a prestar un servicio que resultará camino sano para prevenir desigualdades económicas por la acumulación, que amenacen la paz de la comunidad.

Los fuereños nos topamos con el problema que debieron afrontar siempre los extraños, desde los españoles que llegaron a América en el siglo XVI, contrastando su mundo con el novedoso de las gentes de estas tierras. Siempre ha habido, sin embargo, quien ha tratado de entender esos mundos, así en el tiempo de la Ilustración Juan Jacobo Rousseau sostuvo la teoría del buen salvaje o de la naturaleza pura que la civilización corrompe. Plantearlo el asunto a nuestro mundo, no deja de tener atractivo este tipo de comunidad para nuestra civilización desgastada por el avance técnico que aprisiona al hombre y que le ha demostrado su incapacidad para darle la felicidad que va más allá de las comodidades materiales y volvemos a la comprensión de estos mundos exóticos donde los valores se construyen en distinta forma.

Ocumicho como comunidad-contraste me ha fascinado, no sólo porque allí tuve una permanencia prolongada de casi tres años, sino también porque me topé con una comunidad que se ha vuelto noticia. Curiosamente, se le ha querido estudiar como representativa de un mundo enfermo al descubrir rasgos de exotismo en la coincidencia de los problemas, reflejos de nuestro mundo cansado.

De Ocumicho procede una artesanía que ha causado sensación en el mercado nacional y extranjero, que algunos han titulado arte demoníaco en la hechura de "changos", nombre familiar y cariñoso para el diablo, que más es el genio familiar de los problemas de la vida diaria que la personificación del mal. Quien sea, puede adquirir por muchos pesos de los de ahora, aunque todavía por pocos dólares, esas artesanías únicas que modelan las sabias manos de los artesanos del pueblo con el magnífico barro de siglos, imágenes decoradas en colores chillantes que son reflejo del mundo lleno de

vida de los trajes y el mundo que se vive en el pueblo. Los diablos que se pueden comparar a los de Ocumicho son aquellos que adornan las gárgolas de las catedrales medievales, más que los psicodélicos y desesperados de nuestra era moderna que han venido a salvar del aburrimiento los films de la industria televisiva y cinematográfica que necesita poner en grandes dosis los sabores fuertes e intentar sacar a nuestra sociedad de su aburrimiento: el mal, el demonio o la naturaleza depravada del hombre son diversiones de un mismo tema que está muy lejos de los pícaros, sencillos y simpáticos diablos de los artesanos de Ocumicho.

Me tocó estar en Ocumicho el día que apareció un famoso psiquiatra de Oakland quien con un gran equipo en que se incluía traductor, camarógrafo y muchos aparatos, además de sus vestidos exóticos, quiso averiguar el inframundo de los artesanos de Ocumicho para construir su teoría de las influencias modernas del demonio en la colectividad. Como en cualquier comunidad, siempre hay alguien dispuesto a complacer al visitante y alcanzar algún provecho de la ingenuidad del cliente. Y la historia se volvió posible negocio para nuestro científico, quien se emocionó vivamente cuando se le contó el fin trágico de algunos de los artesanos que habían muerto en circunstancias misteriosas, cuando se le describieron los sueños horripilantes que generaban aquellos monstruos hechos artesanías de barro, y oyó los rumores de que aquel pueblo era la meca de la brujería, la superstición y el pacto con el diablo. Como reflejo de todo ese mundo, aquellas artesanías exóticas confirmaban la verdad de una presencia del ultramundo. Fílmicamente se hizo un buen trabajo y nuestro investigador seguramente recuperó los costos, quizá desde el mundo de la ciencia psiquiátrica un profesor creyó haber hecho aportaciones sustanciales en la explicación del mal y de la presencia demoniaca; unas cuantas personas recibieron un poco de dinero por su colaboración que se tradujo en compra de artesanías, pero en el fondo la comunidad entera se malinterpretó y se desvirtuó el significado de su actuar, pues la verdad es que los diablos caen dentro de la tradición lúdica que siempre ha caracterizado la artesanía del pueblo.

Desde que llegué a la Sierra y especialmente a Ocumicho, mi principal preocupación fue llegar a entender a sus gentes, a quienes percibía con distinta cultura, lengua, forma de vivir, de vestir, de pensar, de sentir. Traté de compartir con ellos muchas de sus experiencias confrontándolas con las mías y afortunadamente me convencí de que debía mantenerme como espectador antes de querer imponer mis criterios y externar mis juicios sobre su mundo; me sentía con poquísima experiencia y raquíticos conocimientos de la vida frente a aquellos verdaderos y profundos sabios. Era para mí tan incomprensible la forma y la motivación del actuar que tuve que permanecer a la expectativa procurando ver mucho antes que emitir juicios.

Me llamó la atención que en la educación de los niños de la comunidad poco se usara la represión, que se dejara en libertad a la gente pequeña para hacer su gusto; sin embargo veía que los niños allí eran personas que sabían respetar a los demás ocupándose en sus juegos y dejando a los mayores en sus asuntos, aunque siempre participando todos en la gran acción comunitaria que al final venía desembocando en la fiesta. La manera de participar en este acontecimiento parecía dar la clave de la formación de las generaciones y de su enrolamiento en el mecanismo comunitario. Pero en fin, ¿qué es la fiesta?.

Recurrí a la sabiduría de las gentes del lugar para que me explicaran lo que yo no entendía y fue una gran lección para llegar a entender la celebración de los tiempos sagrados, respetando los lugares santos y teniendo en la fiesta la razón de su vivir.

Recordé que esta manera de ver la vida, -porque la razón de los mitos no es sino una justificación del modo de actuar-, había sido por generaciones la explicación fundamental. Me percaté que seguía allí impávido un modo de actuar a partir de distintos valores, que ya había preocupado al pragmatismo de la cultura europea desde el arranque de la presencia blanca y recordé a aquel Francisco Cervantes de Salazar que escribía, sin entender al indio: “Ni buscaban riberas, ni costa de mar, ni lugares llanos donde hiciesen sus poblaciones y las que hacían eran en lugares altos, ásperos y montuosos, sin orden ni continuar casa con casa, por manera que un pueblo de mil vecinos tenía a ocupar cuatro leguas de tierra... sienten mucho el congregarse porque... desean mucho vivir y morir en la ley, casa y tierra de sus padres y abuelos... van de buena gana a los bailes y danzas”.

Recuerdo que a Vasco de Quiroga, personaje de enorme importancia en la gestación del mestizaje indoeuropeo, le sedujo del indígena su simplicidad y capacidad de disfrutar, al grado que sobre ese tema nos dejó páginas que deberían estudiarse. Le importaba poner de realce esas virtudes y su interpretación frente al mundo de la ganancia que se había apoderado de la mentalidad occidental; tratando de entender a Ocumicho es bueno recordar aquellos consejos que da en sus Reglas de Ordenanzas de los Hospitales de Santa Fe.

La fiesta de Ocumicho ocupa todo el año; a prepararla, a disfrutarla o a recordarla se dedica íntegramente la vida y el tiempo comunitario. Es su razón de ser y a ella se encauza todo el trabajo y a quien logra adquirir esta visión no le es posible integrarse a la comunidad. Pensando en esta dimensión festiva del indígena he creído descubrir la profundidad de ver la vida bajo un distinto ángulo y creo que se puede tener una nueva interpretación de la misma, quizá más creativa que el atenerse únicamente a esa angustia existencial del que todo lo quiere convertir en trabajo y ganancia.

La capacidad festiva de Ocumicho consiste radicalmente en la perfecta solidaridad comunitaria que hace funcionar al individuo, a la parentela, al barrio y a todo el pueblo comprometiéndolos en una misma tarea que usa como disparador la proximidad de ese tiempo sagrado que se dedica a honrar a los santos.

Uno de los sueños que siempre han seducido a la humanidad es el del paraíso terrenal, en donde había que vivir la vida sin preocuparse demasiado de otro tipo de interés, así fuera el que ahora consideramos fundamental de acaparar riqueza, apoderarse de la voluntad de los demás o hacerse notar por el lujo y deslumbrar con los bienes que se poseen. En aquel jardín se tenía el clima ideal para no tener necesidad de ropa, la tierra producía lo necesario para no hacer del trabajo una preocupación, los animales eran fieles colaboradores del hombre y hombre y mujer vivían en quieta y pacífica compañía. Las agencias de turismo siguen usando el señuelo paradisiaco para seducirnos, y así nos presentan imágenes placenteras de seres felices que disfrutan a tiempo completo de las flores, del canto, del baile... de la fiesta.

Tiene pues validez el que Ocumicho, para muchos que lo conocemos, sea imagen alternativa a la vida agitada que vivimos en nuestra sociedad de consumo. La fiesta cuesta y esto es lo que está amenazando terminar con ella, o al menos quiere ponerla en crisis, pues enclavada en una economía monetaria, el aumento desmesurado de los costos de la vida en una inflación galopante y enferma está la comunidad al borde del colapso: el bosque se ha ido agotando, las tierras ya no producen lo suficiente, la población crece, la sociedad paralela cobra por adelantado y a precios desmesurados todos los servicios, pero contra todo esto Ocumicho cree que debe mantener el estilo de la vida que le heredaron sus antepasados y en el que encuentra su equilibrio y el gozo de vivir.